



CAPÍTULO UNO

EL CALDERO DE LAS BRUJAS

Las criaturas del Bosque de los Enanos sabían que esa noche debían evitar el Arroyo del Muerto si apreciaban sus vidas. En la medianoche de cada luna llena, las brujas de los bosques y los reinos cercanos se reunían allí. Los encuentros eran estrictamente exclusivos para brujas, y ellas disfrutaban castigar de formas espantosas a aquellos que las molestaban para que sirvieran de ejemplo.

El Arroyo del Muerto estaba envuelto en un halo de misterio, lo cual lo convertía en el lugar ideal para la reunión de las brujas. Cada cierto tiempo, sin ninguna advertencia o explicación, el arroyo redireccionaba su curso y fluía *colina arriba*

hacia el bosque. Y cada vez que el cambio ocurría, aparecían ataúdes de origen desconocido flotando en el agua.

Nunca se identificaba a los cadáveres dentro de los féretros, ni se sabía quién o qué los había enviado: aunque tampoco había tiempo para investigar el asunto. Cuando encontraban los cuerpos, las brujas los desmembraban como arpías y se llevaban en frascos lo que necesitaban para reponer los suministros de sus pociones.

Las reuniones de medianoche tenían lugar en El caldero de las brujas, una antigua taberna hecha completamente de ramitas y abono que yacía en medio del arroyo, como una represa de castor. El humo brotaba de la única chimenea de la taberna; llenaba el aire de un hedor repugnante y les indicaba a las brujas que viajaban hacia el arroyo que la reunión estaba por comenzar.

Generalmente, las reuniones eran tranquilas y había pocos asistentes. Sin embargo, debido a una crisis reciente que había tomado a los reinos por sorpresa, se esperaba que la convocatoria de esa noche fuera mucho mayor de lo habitual.

Algunas brujas viajaban hacia el arroyo a pie o en mula. Bandadas de brujas volaban en sus escobas hacia la señal humeante de la taberna. Unas pocas navegaban por el arroyo en bote o en balsas improvisadas. Algunas, incluso reptaban por el agua como serpientes.

A las doce y media de la noche, la taberna estaba más llena que nunca antes. Unas cien brujas estaban sentadas alrededor de un caldero enorme en el centro de la taberna mientras quienes habían llegado tarde permanecían de pie en la parte trasera.

La magia negra era famosa por dejar una marca en aquellos que la utilizaban, y la apariencia de cada mujer había sido



afectada de modos distintos. Algunas brujas tenían verrugas, narices agrandadas, piel putrefacta u ojos que colgaban fuera de sus cuencas. Otras habían sido transformadas y ya ni siquiera lucían humanas, sino que parecían de otras especies: tenían pezuñas y cuernos, colas y plumas; algunas incluso morros y picos.

Una bruja rechoncha de baja estatura con piel hecha de piedra se acercó al caldero. Lanzó un puñado de rocas dentro y el líquido resplandeció e iluminó la habitación con una luz verde amenazante: la reunión había comenzado.

–Bienvenidas, hermanas –dijo la bruja de piedra, con voz ronca–. Soy Gargolia, la Dama Pétreo del Bosque de los Enanos. Asumo que todas hemos venido esta noche para tratar el mismo asunto, así que no perdamos tiempo.

Las brujas miraron alrededor de la taberna e intercambiaron gestos con la cabeza. Si bien era un grupo diverso, la paranoia las unía.

Serpentina, una bruja con piel verdosa llena de escamas y una larga lengua bífida tomó la palabra.

–*Estamossss* aquí para hablar de *losss niñosss desaparecidossss* –siseó–. *Asss* que permítanme *ssser* la primera en decir que *sssea* quien *sssea* la bruja que *esssstá llevándoselosss* necesita detenerse de inmediato, ¡*antesss* de que haga que *nosss* maten a *todasss*!

La mayoría de las presentes en la taberna estaban escandalizadas por su declaración. Carbónica, una bruja hecha de cenizas y hollín, golpeó el lateral de su asiento tan fuerte que parte de su puño se desmoronó.

–¡Cómo te atreves a culparnos! –le gritó a Serpentina. Las chispas brotaban de su boca mientras hablaba. A medida que



se enfadaba, un resplandor similar a la lava llenaba las grietas de su piel-. ¡Siempre somos las primeras a quienes acusan cada vez que hay una crisis! ¡Espero un mejor comportamiento de alguien de nuestra raza!

Arboris, una bruja cuyo cabello estaba hecho de ramas y su cuerpo, cubierto de corteza, se puso de pie junto a Serpentina.

-Doce niños del Reino del Rincón y doce del Reino Encantador han desaparecido sin dejar rastro -dijo Arboris-. Solo una bruja tendría el sigilo y la valentía suficiente para cometer un crimen semejante, ¡y es probable que ella esté entre nosotras en esta taberna!

Tarantulena, una bruja de gran tamaño que tenía colmillos, cuatro brazos peludos y cuatro piernas peludas, descendió del techo con una telaraña creada desde su abdomen.

-Si las dos están tan seguras de que una bruja secuestró a los niños, ¡quizás fue una de ustedes la responsable! -gruñó, señalándolas con sus cuatro manos.

La taberna se tornaba cada vez más ruidosa mientras cada bruja expresaba su opinión acerca del asunto. Gargolia lanzó otro puñado de rocas en el caldero y un destello verde enceguecedor hizo callar a todas.

-¡Silencio! -gritó-. No importa quién es la bruja responsable: ¡los reinos nos culparán *a todas* cuando la atrapen! He oído rumores que dicen que están organizando una cacería de brujas por las aldeas. ¡Debemos prepararnos!

Una bruja vestida con prendas rojas dio un paso al frente.

-¿Podría sugerir algo? -preguntó con calma. Bajó su capucha y algunas brujas dieron un grito ahogado. Era una mujer de mediana edad que lucía completamente normal... y era bonita.



–¡Hagetta! –dijo Gargolia con una mirada odiosa–. Después de tanto tiempo, por fin nos has honrado con tu presencia.

–¡Ella no pertenece a *esse* lugar! –siseó Serpentina.

–Es una vergüenza para todas las brujas *verdaderas* –añadió Carbónica.

Reprender a Hagetta era lo único en lo que todas las brujas estaban de acuerdo, pero ella había ido a la taberna esperando causar un alboroto.

–No soy menos bruja que ustedes por practicar magia blanca –replicó–. Y les garantizo que a nadie fuera de esta taberna le importará qué clase de brujería practico si desaparecen más niños. Turbas iracundas recorrerán los bosques hasta encontrar a la última bruja. Nos juntarán a *todas* y nos quemarán en la hoguera. Así que, a diferencia del resto de ustedes, he venido a ofrecer una *solución* que con suerte evitará que tenga lugar una cacería.

Las brujas balbucearon y farfullaron insultos dirigidos a ella. Gargolia lanzó otro puñado de piedras dentro del caldero para tranquilizarlas.

–Ninguna quiere una cacería de brujas, así que si Hagetta cree que puede salvarnos de una, permítanle hablar –dijo Gargolia–. Pero hazlo rápido: ya no me quedan piedras.

Hagetta miró alrededor de la taberna e hizo contacto visual con la mayor cantidad de brujas posible. Sabía que sería un público desafiante, pero no partiría hasta que las hubiera convencido.

–Propongo que dejemos de echar culpas y nos esforcemos en encontrar al responsable –anunció–. El mundo siempre nos ha culpado a todas por los errores cometidos individualmente por una sola bruja. Ninguna de ustedes habría venido



aquí esta noche si fuera la responsable, así que trabajemos juntas y entreguemos a quien *sí lo es*. Probaremos nuestra inocencia si decidimos *ayudar* a los reinos a resolver el misterio de los niños desaparecidos.

–¡No podemos entregar a una de las nuestras! ¡Esto es una hermandad! –gritó Carbónica.

–Ya no lo *ssserá sssi morimoss todasss* –replicó Serpentina.

–¡Lo último que los humanos quieren es ayuda de las brujas! –añadió Arboris.

Una bruja que estaba en la parte trasera de la taberna y que tenía un estómago grande y una nariz similar a una zanahoria rompió en llanto y toda la taberna volteó hacia ella.

–Lo siento –dijo la bruja sensible–. Es solo que me identifico con lo que Hagetta dice. No soy una santa, pero toda la vida me han culpado por crímenes de los que soy inocente.

Limpio su nariz con la capa de la bruja que estaba a su lado.

–¡NO EXISTEN LAS BRUJAS INOCENTES! –gritó una voz grave que nadie esperaba oír.

De pronto, las puertas principales de la taberna se abrieron e hicieron que todas las brujas se sobresaltaran. Un hombre que llevaba puesto un saco sobre el rostro ingresó a la taberna como si fuera de su propiedad. Una docena de soldados con uniforme rojo y blanco lo siguieron. Todas las brujas se pusieron de pie, escandalizadas por la intromisión.

–Discúlpennos por la interrupción, *damas*: si es que el término aplica –dijo el Hombre Enmascarado con una risa engreída–. He estado escuchando su discusión toda la noche y me temo que ya no puedo permanecer en silencio.

–¡Cómo te atreves a molestarnos! –gritó Gargolia–. Nadie nos interrumpe y vive para contarlo...



Él alzó una mano para hacerla callar.

–Antes de que nos conviertas en ratones para que tus gatos se den un festín, por favor permíteme presentarme –dijo él–. Me llaman el Hombre Enmascarado... por motivos evidentes. Los hombres a mis espaldas son lo que queda de la Grande Armée que casi conquista el mundo hace cinco meses. ¿Quizás han oído hablar de nosotros?

A pesar de que ninguna de ellas había estado directamente involucrada en la guerra reciente, las brujas conocían muy bien el caos que la Grande Armée había causado.

–Este hombre es un chiste –dijo Hagetta, sabiendo que debía intervenir de algún modo antes de que la curiosidad de las brujas fuera en aumento–. Llenará sus cabezas con historias de grandeza acerca de cómo lideró un ejército y crió un dragón, pero al final, un hada anciana y moribunda lo hizo correr por su vida.

El Hombre Enmascarado la fulminó con la mirada.

–Entonces, al menos *has oído* hablar de mí –replicó él. Miró a Hagetta de arriba abajo: había algo muy familiar acerca de la bruja. Estaba seguro de que sus caminos se habían cruzado mucho tiempo atrás, pero no quería desperdiciar ni un minuto en recordarlo. Había ido a la taberna con un objetivo, y las brujas no le darían demasiado tiempo.

»No he venido aquí a impresionarlas; he venido a crear *una alianza* y ofrecerles una advertencia –dijo él.

–No necesitamos alianzas con los de tu clase –replicó Gargolia.

El Hombre Enmascarado continuó hablando a pesar del rechazo de la bruja.

–Tienen derecho a estar preocupadas –prosiguió él–. En



todas partes creen que una bruja es la responsable de la desaparición de los niños, y las aldeas que perdieron a sus infantes no están tomando la situación con calma. He vivido oculto durante meses e incluso yo he oído hablar de la represalia venidera. No están planeando una cacería de brujas: ¡están planeando un *exterminio*!

La noticia impactó a las brujas. ¿El Hombre Enmascarado estaba intentando enfurecerlas o la situación era aun peor de lo que temían?

–Por esa razón necesitamos hallar a la bruja responsable mientras aún podemos hacerlo –dijo Hagetta.

El Hombre Enmascarado movió la cabeza de un lado a otro.

–Me temo que no hay nada que puedan hacer para evitarlo –replicó él–. Aunque probaran que cada bruja es inocente, esta masacre sucederá. Ellos no quieren justicia por los niños desaparecidos: quieren justicia por cada crimen que las de su clase han cometido contra los suyos. ¡Están usando a los niños desaparecidos como excusa para cobrarse siglos enteros de venganza!

Las brujas dejaron de hablar. La relación entre ellas y la humanidad nunca había sido sencilla, y la desaparición de los niños quizás había enfurecido al reino del hombre de un modo irreversible.

–Intentas comenzar guerras adonde sea que vayas –replicó Hagetta, intentando con desesperación restarle importancia a la información que él presentaba–. ¡No podemos escuchar a este hombre! ¡No estará satisfecho hasta que el mundo entero arda!

El Hombre Enmascarado sonrió.



–Habrá batallas y luchas, pero estás dándote demasiado crédito si piensas que habrá una guerra –se burló él–. Las brujas no tendrán ni una oportunidad de sobrevivir cuando las ataquen: ¡las superan excesivamente en número! Pronto, tu clase estará tan extinta como los dragones.

La bruja sensible en la parte trasera rompió en llanto de nuevo. Se inclinó hacia adelante y vomitó en el suelo.

–Lo siento –chilló–. Me abrumo con facilidad.

El coronel Rembert, que estaba de pie entre los soldados de la Grande Armée, la miró con una ceja en alto. Algo en esa bruja le causaba desconfianza.

–¡Creo que la Asamblea del Felices por Siempre Jamás está detrás de los secuestros! –declaró el Hombre Enmascarado–. ¡Las hadas siempre han querido librarse de ustedes, e inspirar un exterminio masivo de brujas se encargaría de ello! ¡No me sorprendería que la mismísima nueva Hada Madrina haya secuestrado a los niños!

–El Hada Madrina nunca secuestraría a dos docenas de niños –dijo una de las cabezas de una bruja que poseía dos y que estaba en la parte trasera de la taberna.

Rataria, una bruja parecida a un roedor, que tenía cabello grueso y espeso y dientes delanteros enormes se puso de pie sobre su asiento para llamar la atención de la taberna.

–¡Aunque las hadas no sean las responsables, estoy segura de que alentarán el exterminio! –dijo ella.

–¡Quieren vivir en un mundo sin brujería! –añadió Arboris.

–¡Quieren que la magia *sssea sssolo* para *ellasss*! –siseó Serpentina.

Las brujas se convencieron con facilidad de que los niños desaparecidos habían formado parte de una conspiración



creada contra ellas y, pronto, toda la taberna rugió de odio hacia las hadas. El Hombre Enmascarado tenía a las brujas exactamente donde las quería.

-¡Es hora de que las brujas se defiendan! -afirmó él.

Las mujeres vitorearon, pero Gargolia movió la cabeza de lado a lado, funcionando como la voz de la razón.

-Eso sería un suicidio -replicó ella-. Acabas de decir que nos superan en número, en especial si las hadas están involucradas.

El Hombre Enmascarado frotó sus manos entre sí.

-No si haces los amigos correctos -dijo él con malicia-. Con mi ayuda, ¿podemos crear *otro* ejército!

Las brujas se rieron de él a carcajadas. La idea parecía ridícula.

Hagetta tomó la palabra rápidamente.

-¿Un *ejército*? ¿Un ejército de *qué*? -rio ella-. Además, ya tuviste uno y falló estrepitosamente. ¿Quién confiaría en ti para ocuparte de otro?

El Hombre Enmascarado giró su cabeza hacia ella de modo abrupto. Era evidente que Hagetta había mencionado un tema sensible.

-¡NUNCA HE FALLADO! -gritó él-. ¡He pasado toda mi vida planeando un modo de erradicar a las hadas! ¡Hasta ahora he tenido éxito en cada paso de mi plan! La Grande Armée, el dragón y el ataque al Palacio de las Hadas nunca tuvieron como objetivo derrotarlas, ¡sino debilitarlas! ¡Cuando ellas creyeron que la pelea había terminado, me infiltré en el palacio y robé una poción que he estado buscando desde el comienzo! Y ahora que la poción me pertenece, ¡la verdadera guerra puede comenzar!



Las gotas de sudor atravesaban el saco que cubría la cabeza del Hombre Enmascarado. Respiró hondo algunas veces para tranquilizarse.

–Pero antes de que pueda comenzar con la siguiente fase de mi plan, necesito su ayuda –prosiguió–. Había algo más en el Palacio de las Hadas que quería robar junto con la poción: una suerte de colección. Pero la fallecida Hada Madrina debe haberse librado de ella. Necesito que me ayuden a encontrar dónde la escondió. Cuando la halle y la combine con la poción, seré capaz de reclutar un nuevo ejército.

Gargolia se cruzó de brazos.

–Pero ¿qué *clase* de ejército? –preguntó–. Si la Grande Armée y un dragón no fueron suficientes para destruir a las hadas, ¿qué lo será?

–¡Un ejército que está más allá de la imaginación más vivaz! –respondió el Hombre Enmascarado con gestos teatrales–. ¡Un ejército que hará que la Grande Armée parezca una banda de niños! He estado soñándolo y planeándolo desde que era pequeño y, con su ayuda, puedo traerlo aquí. ¡Podemos liderar juntos este ejército, y este mundo será *nuestro*!

Las brujas no estaban seguras de si el Hombre Enmascarado estaba loco o si había una ventaja en lo que decía.

La bruja sensible no pudo contenerse después de oír el discurso del hombre.

–Lo siento. Es tan agradable ver a un hombre tan apasionado acerca de algo –lloró, y las lágrimas rodaron por sus mejillas.

El coronel Rembert miró a la bruja con sospecha. Mientras ella lloraba, su nariz similar a una zanahoria comenzó a desteñirse por las lágrimas: *¡era un disfraz!*



-¡Señor, creo que estamos en compañía de algo más que brujas! -le gritó Rembert al Hombre Enmascarado. Tomó con rapidez su pistola del bolsillo interior de su chaleco y le apuntó a la bruja.

De pronto, la bruja sensible saltó en el aire, dio una voltereta hacia Rembert mientras desenfundaba una espada larga del interior de su capa y cortó la punta de la pistola al aterrizar frente a Rembert.

La bruja gimió y tocó su propio estómago.

-Las volteretas son más difíciles cuando estás embarazada -dijo.

El Hombre Enmascarado miró a la impostora: no era una bruja en absoluto.

-¡RICITOS DE ORO! -gritó él.

-Ricitos de Oro, ¿qué estás haciendo en la taberna? -preguntó Hagetta.

-Hola, Hagetta -dijo ella-. Te seguimos hasta aquí. Sabíamos que el Hombre Enmascarado no podría resistirse a una audiencia con las brujas.

-¿Sabían? -preguntó Hagetta.

El Hombre Enmascarado golpeó a Rembert con el dorso de la mano.

-¡Idiota! ¡Nos has llevado directo a una trampa! -gritó-.
¡Atrápenla!

Los soldados de la Grande Armée corrieron hacia Ricitos de Oro con las armas en alto.

-¡AHORA! -gritó ella.

Cuatro siluetas que estaban en la parte trasera se quitaron los disfraces. Jack, Caperucita Roja, Rani y el tercer cerdito habían estado entre las brujas todo el tiempo.



La bruja de dos cabezas corrió hacia el Hombre Enmascarado y se separó en dos personas distintas al acercarse: *Alex y Conner Bailey*. Los mellizos rodearon al Hombre Enmascarado. Alex le apuntó con su varita de cristal y Conner alzó su espada.

–No eres el único que usa máscara, amigo –espetó Conner.

Alex no dijo nada. Estaba apretando la varita tan fuerte que temía que fuera a romperse en su mano. Después de meses y meses de búsqueda agonizante, por fin lo habían encontrado. Desenmascararía al Hombre Enmascarado y expondría su verdadera identidad frente al mundo.

–Se acabó –le dijo Alex–. ¡Y esta vez, nadie escapará!

Alex agitó la varita hacia cada ventana y cada puerta, y unos barrotes de metal aparecieron sobre ellas. Los mellizos, sus amigos, las brujas, los soldados y el Hombre Enmascarado estaban atrapados dentro de la taberna.

–¡Es el Hada Madrina! –gritó Rataria, y el caos estalló en la taberna. Las brujas corrían como si el lugar estuviera en llamas. Sin salida, el desorden solo aumentó. Era difícil para los mellizos seguirles el rastro a los soldados y al Hombre Enmascarado mientras todas las mujeres en pánico corrían a su alrededor.

Era increíblemente abrumador, y Alex sintió que su corazón latía más y más rápido. No podía perder al Hombre Enmascarado de nuevo... No después de estar tan cerca.

–¡BASTA! –gritó Alex. Sus ojos comenzaron a brillar y su cabello empezó a flotar por encima de su cabeza. Sin que alzara la varita, unas enredaderas brotaron del suelo, envolvieron a cada bruja y a cada soldado de la Grande Armée y los arrojó al suelo.



Conner miró a su alrededor, nervioso.

–*¡Alex, regresa!* –susurró–. *¡Recuerda que debes mantener la concentración para poder controlar tus poderes!*

Alex movió la cabeza de lado a lado y salió del frenesí que sus sentimientos habían generado. Su cabello descendió y sus ojos dejaron de brillar. Había tenido dificultades para controlar sus poderes los últimos meses, pero no le interesaba si había invocado a las enredaderas de modo consciente o inconsciente: capturar al Hombre Enmascarado era lo único que le importaba.

–Eres una niña poderosa, pero enfurecerás a las brujas si las tratas así –dijo el Hombre Enmascarado, mirando alrededor de la taberna en busca de algún escape viable.

–Correré el riesgo –replicó Alex.

–De acuerdo... *¡Yo también lo haré!*

El Hombre Enmascarado saltó hacia el caldero y lo empujó. El líquido que contenía se desparramó por el suelo y se apagó, lo que sumió la taberna en completa oscuridad. Alex agitó su varita y unas antorchas aparecieron en los muros y devolvieron la iluminación... pero el Hombre Enmascarado había desaparecido.

–*¡Alex! ¡Mira!* –gritó Conner y señaló el hogar a leña–. *¡Está subiendo por la chimenea! ¡Se dirige al techo!*

Ella miró dentro de la chimenea justo a tiempo para ver desaparecer los pies del Hombre Enmascarado por el agujero. Alex corrió hacia el hogar y trepó detrás de él.

Las brujas luchaban contra las enredaderas que las sujetaban. Serpentina, Tarantulena, Rataria y Carbónica se liberaron y centraron su atención en Conner y los demás.

–*¡No nos faltarán el respeto en nuestra propia taberna!*



–gritó Rataria. Extendió la mano y una escoba voló hacia ella. Subió a bordo y voló en círculos alrededor de Conner, arañándolo y golpeándolo mientras lo hacía.

–¡AY! –exclamó Conner–. ¡Ya basta, mujer rata!

Conner tomó el palo de la escoba y ambos volaron por la taberna, rebotando contra los muros y el techo como una pelota de tenis de mesa.

Serpentina se arrastró por los muros como una lagartija y atacó a Ricitos de Oro. La futura madre blandió su espada y le cortó el brazo izquierdo a la bruja. Ricitos de Oro miró el brazo desmembrado en el suelo y rompió en llanto.

–*¡Lo siento tanto!* –sollozó, pero las lágrimas desaparecieron de pronto–. Espera un segundo, ¡no, no es cierto! *¡Malditas hormonas!*

Fue bueno que recobrarla la cordura, porque el brazo de Serpentina creció de nuevo casi instantáneamente. Su lengua salió de la boca y giró alrededor de Ricitos de Oro como un látigo rojo y baboso. Se enrolló alrededor del pie de la muchacha y la arrojó al suelo.

Jack atravesó la taberna corriendo para ayudar a su esposa, pero Arboris se interpuso en su camino. Cientos de insectos brotaron desde abajo de la piel similar a la corteza de la bruja y lo atacaron, mordiendo y picando todo su cuerpo. Jack cayó al suelo y rodó, intentando quitárselos de encima frenéticamente.

Tarantulena tenía la vista clavada en Rani. Lo persiguió por la taberna, disparando estallidos de telarañas hacia él mientras corrían.

–¡Odio las arañas! ¡Odio las arañas! –gritaba Rani mientras se alejaba de ella a los saltos–. ¡No puedo creer que accedí a hacer esto esta noche! ¡Tengo un reino que gobernar!



En vez de acudir a la ayuda de sus amigos, Roja tomó asiento con el tercer cerdito y colocó una carpeta gruesa entre ellos.

–Dado que todos están ocupados, creo que deberíamos aprovechar este momento para planear los últimos detalles de la boda –dijo ella con alegría y hojeó la carpeta.

–Por supuesto, Su anterior y futura Alteza –respondió el tercer cerdito.

–¡Cariño! ¡No creo que este sea un buen momento para planear nuestra boda! –dijo Rani, a duras penas esquivando la telaraña que su perseguidora le lanzó.

–Pero ¡solo faltan *días* para la boda, Charlie! –replicó Roja–. ¡Hemos pasado tanto tiempo ayudando a los mellizos a rastrear al Hombre Enmascarado que apenas he tenido tiempo para planear algo! Ahora, veamos, ah sí, tengo que elegir la tela adecuada para los manteles...

Extrajo tres muestras de tela roja que estaban guardadas en la carpeta con cuidado.

–¿Qué opinas, corazón? ¿Deberíamos elegir el rojo rubí, el rojo rubor o el rojo sangre? –preguntó ella y alzó las muestras para mostrárselas a Rani.

Una telaraña errática salió disparada hacia Roja, le quitó una muestra de la mano y la pegó en la pared.

–Ah, ¡qué buena sugerencia! –dijo ella–. ¡Rojo rubí entonces!

–Sí, señora –respondió el tercer cerdito y tomó nota de la decisión en un pequeño anotador.

Conner ya no podía sujetarse a la escoba. La soltó, y él y Rataria salieron disparados en direcciones opuestas. Rataria chocó contra Serpentina justo cuando esta última estaba a



punto de saltar sobre Ricitos de Oro y ambas brujas cayeron al suelo.

Conner aterrizó sobre Carbónica. La bruja le rugió y todo su cuerpo resplandeció a causa de la lava que se acumulaba en su interior. Abrió la boca y un chorro feroz brotó de ella como un dragón. Conner se ocultó detrás del caldero volcado y a duras penas esquivó el infierno.

–¡Me vendría bien algo de ayuda por aquí! ¡Las cosas están acalorándose! –les gritó Conner a sus amigos.

Hagetta se arrodilló y colocó una mano abierta sobre el suelo. Cerró los ojos y se concentró. Un temblor brotó directamente de debajo de ella y viajó hacia Carbónica. Un géiser de agua salió disparado del suelo debajo de la bruja y la aplastó contra la pared del lado opuesto de la taberna. Hagetta redireccionó el temblor y otro géiser surgió debajo de Arboris y también la lanzó hacia el lado opuesto de la taberna.

Ricitos de Oro se acercó corriendo a Jack y lo ayudó a quitarse de encima los insectos. De pronto, se dobló al medio, dolorida.

–Ricitos, ¿estás bien? –preguntó Jack.

–El bebé está pateando –respondió–. Creo que quiere unirse a la pelea. Sea niño o niña, sin dudas patea fuerte.

–Al igual que su madre –dijo Jack con una sonrisa.

Del otro lado de la taberna, Roja estaba perdiendo la paciencia con Rani.

–¿Qué deberíamos usar como centro de mesa? –preguntó Roja–. ¿Velas o flores?

No hubo respuesta. Rani todavía huía de Tarantulena saltando frenéticamente. Jadeaba y perdía velocidad.



Cada disparo de telarañas que la bruja le lanzaba estaba más cerca de golpearlo que el anterior.

–Charlie, ¿por qué siento que soy la única a la que le importa esta boda? –preguntó ella–. Lo menos que puedes hacer es darme una respuesta.

Roja miró por encima del hombro y vio que Rani estaba pegado a una pared, retorcido en una telaraña pegajosa de Tarantulena. La bruja arácnida caminaba hacia él con los colmillos expuestos. Rani se tornó de un verde pálido.

–*¡No tendré buen sabor!* –gritó Rani.

–Buen intento, pero ¡las ranas son mis favoritas! –gruñó Tarantulena.

Justo cuando la bruja estaba a punto de hundir sus colmillos en él, Roja la golpeó en la cabeza con una silla. La bruja cayó al suelo y no se movió.

–¡Bien hecho, cariño! –vitoreó Rani.

Roja arrastró la silla cerca de él y tomó asiento.

–Charlie, dado que por fin te tengo quieto un momento, creo que ahora es una buena oportunidad para hablar acerca de la lista de invitados.

Rani suspiró. Ahora no podía evitar hablar de los planes para la boda.

Mientras tanto, el Hombre Enmascarado se arrastró a través de la abertura de la chimenea y salió al techo. Corrió por el borde buscando la manera de bajar. Alex estaba justo detrás de él, pero cuando intentó atravesar la abertura superior de la chimenea, sus brazos quedaron atascados a los laterales de su cuerpo de modo tal que no podía alcanzar su varita.

El Hombre Enmascarado se apoyó sobre sus brazos y sus rodillas y comenzó a descender hacia el suelo con cuidado.



–¡NO ESCAPARÁS ESTA VEZ! –gritó Alex. Al igual que antes, sus ojos resplandecieron y su cabello flotó encima de su cabeza. De pronto, toda la taberna comenzó a balancearse. Se movía de un lado al otro y después partió del arroyo por completo y se alzó en el aire como un globo gigante.

–¡Alex! ¡Espero que estés haciendo esto a propósito! –dijo Conner. Cuando no hubo respuesta, el chico subió por la chimenea en busca de su hermana.

La taberna flotaba más y más alto en el aire, volando sobre los árboles del Bosque de los Enanos y atravesando las nubes. La chimenea alrededor de Alex se desmoronó ladrillo a ladrillo y ella quedó libre. Era imposible que el Hombre Enmascarado pudiera huir. Esa era por fin la oportunidad de Alex de preguntarle acerca de lo que la había obsesionado durante meses.

–¡Solo dime *por qué!* –exclamó ella-. ¿Por qué nos mentiste? ¿Por qué fingiste estar muerto?

–La vida sería tan aburrida si tuviéramos todas las respuestas –dijo el Hombre Enmascarado, mirando cómo el suelo debajo de ellos desaparecía de la vista.

–¿Cómo pudiste hacerle esto a tu propia familia? –preguntó ella con desesperación-. ¡Te amábamos!

El Hombre Enmascarado rio.

–Estás aprendiéndolo del modo difícil, al igual que tuve que hacerlo yo –replicó él-. No existe el *amor*. Las familias solo son extraños que comparten sangre. Afirman amarte incondicionalmente pero, a fin de cuentas, siempre serán quienes más te traicionan. Mi madre me enseñó esa lección, y ahora tú la aprendes de mí.



Alex movió la cabeza de lado a lado.

–Estás enfermo –dijo ella–. No sé cómo terminaste así, pero ¡Conner y yo podemos ayudarte! –ella extendió una mano abierta, y el Hombre Enmascarado solo la fulminó con la mirada.

Conner atravesó a gatas la chimenea rota y se ubicó con cautela junto a su hermana.

–Alex, ¿estás llevándonos a la luna? –preguntó.

Ahora estaban a miles de kilómetros en el aire, por encima de las nubes.

–Asúmelo, no tienes opción –le dijo Alex al Hombre Enmascarado–. ¡Hay solo una manera de bajar, y vendrás con nosotros!

El Hombre Enmascarado introdujo una mano en el bolsillo de su chaqueta y extrajo un libro pequeño de cubierta dorada y un frasco que contenía una poción azul. De inmediato, Alex notó que la ampolla de vidrio era la botella que él había robado del Palacio de las Hadas.

–Estás equivocada –dijo él en voz baja–. Siempre hay una opción.

El Hombre Enmascarado rodó por el techo y cayó a toda velocidad de regreso a la tierra. Los mellizos gritaron y corrieron hacia el borde del techo para mirar hacia abajo. El Hombre Enmascarado cayó a través de las nubes y desapareció de la vista.

–¡No puedo creerlo! –dijo Conner–. ¡*Se suicidó!*

Alex movió la cabeza de un lado a otro sin poder creerlo.

–¡*No!* –exclamó ella–. ¡No se suponía que terminara así! ¡Se suponía que lo ayudaríamos!

Miles de sentimientos daban vueltas en su interior como



un tornado emocional. Estaba tan abrumada que apenas podía enfocarse en algo. Su cabello dejó de flotar y sus ojos regresaron a la normalidad.

De pronto, la taberna comenzó a caer a través del cielo. Los mellizos y todos los que estaban dentro de ella empezaron a gritar. Conner se aferró a la chimenea rota con una mano y sujetó con la otra a su hermana para evitar salir disparados de allí.

Partes de la taberna se desprendieron mientras caía. Un gran trozo de techo salió volando y los mellizos vieron a sus amigos dentro de la taberna, sujetándose a lo que podían.

–*¡Me gustaría casarme sin perder una extremidad, por favor!* –chilló Roja.

–*¡Alex! ¡Haz algo!* –le gritó Conner.

A Alex le resultó difícil sujetar su varita mientras caían. Cuando lo logró, la alzó sobre su cabeza y la agitó como si fuera un látigo justo antes de que llegaran al suelo. La taberna rebotó hacia arriba como si estuviera conectada a una cuerda elástica invisible y luego colapsó sobre el Arroyo del Muerto y se derrumbó en una gran pila de escombros.

–¿Están todos vivos? –preguntó Conner mientras él y Alex se quitaban los restos de encima.

Sus amigos, los soldados y las brujas gimieron: todos estaban cubiertos de trozos de lo que había sido la taberna. Ricitos de Oro se incorporó y vomitó de nuevo.

–¿Se debe al bebé o a la caída? –preguntó Jack.

–No estoy segura –respondió ella.

Gargolia rugió; todavía luchaba contra las enredaderas que la sujetaban.

–¡Han destruido nuestra taberna! –gritó–. ¡Pagarán por esto!



–Envíanos la cuenta –replicó Conner y ayudó a su hermana y a sus amigos a ponerse de pie.

–¿Qué sucedió con el Hombre Enmascarado? –preguntó Rani.

Conner miró a Alex, pero ella no podía decirlo. Sus amigos habían renunciado a meses de sus vidas para ayudarla a buscar al Hombre Enmascarado, solo para regresar a casa sin nada. La culpa era insoportable y Alex sentía que su vida estaba tan destruida como la taberna.

–Se ha ido –les dijo Conner a los otros–. Pero *de verdad*.

En menos de una hora, Sir Lampton y una tropa pequeña de soldados del Reino Encantador se unieron a ellos en la taberna destrozada. Habían estado preparados en el bosque cercano en caso de que los mellizos los necesitaran. Rodearon a los miembros restantes del Grande Armée y a las brujas y los amarraron a todos.

Alex tomó asiento en una roca junto al arroyo para procesar los eventos de la noche. Conner se acercó a ella y colocó una mano sobre su hombro.

–Si algo bueno resultó de esta noche es que al menos sabemos que ninguna de estas brujas es responsable de los niños desaparecidos.

Aunque ella nunca lo admitiría, los niños desaparecidos eran lo último en lo que pensaba.

–Nunca esperé que él prefiriera quitarse la vida en lugar de enfrentarnos –dijo ella–. Nunca habría hecho flotar la taberna de haber creído que él saltaría.

–Pero ¿*hiciste* que la taberna flotara o solo *sucedio*? –preguntó Conner–. En el último tiempo, muchas cosas simplemente han *sucedido*.



Alex puso los ojos en blanco y se alejó de él, pero Conner la siguió.

-Desde que viste el rostro del Hombre Enmascarado, has tenido dificultades para controlar tus poderes -dijo su hermano-. Solo es algo con lo que deberías tener cuidado...

-¿Por qué aún lo llamas el Hombre Enmascarado? -gritó Alex-. ¡Es nuestro *padre*, Conner! ¡Sé lo que vi! ¿Por qué no me crees?

-No habría pasado los últimos cinco meses ayudándote a buscarlo si no creyera que viste *algo* -replicó él-. Es solo que no puedo aceptar completamente que sea nuestro padre hasta que yo mismo vea su rostro.

-Bueno, pues está muerto -Alex suspiró-, así que ninguno de los dos tiene que preocuparse de nuevo por él nunca más. Solo desearía haber llegado a tiempo para ayudarlo... para convertirlo de nuevo en el hombre que conocimos.

-Ahora puedes enfocarte solo en estar mejor -asintió él.

Él no estaba ni por asomo tan angustiado como su hermana, porque en realidad nunca había creído que el Hombre Enmascarado fuera su padre. Sin importar cuántas veces Alex hubiera contado la historia, él sabía que su papá nunca podría hacer lo que el Hombre Enmascarado le había hecho al mundo de los cuentos de hadas. Sin embargo, Conner nunca reunía valor para decirle a su hermana cómo se sentía realmente.

-¿Qué debemos hacer con la Grande Armée y las brujas? -les preguntó Sir Lampton a los mellizos.

-Lleva a los soldados de la Grande Armée a la Prisión de Pinocho -indicó Alex-. Pero liberen a las brujas: quiero dejar en claro que no tengo nada en contra de ellas.

-Sí, Hada Madrina.



Un soldado del Reino Encantador salió del bosque y se acercó corriendo a Sir Lampton.

–Señor, hemos registrado el bosque, pero no hay rastros del Hombre Enmascarado –informó–. Buscamos en el área donde estábamos seguros de que había caído, pero no hallamos ni su cuerpo ni un rastro de él.

Alex y Conner intercambiaron una mirada atónita.

–¿Qué? –dijo Alex–. ¿Podría estar vivo?

–¿Cómo podría haber sobrevivido a la caída? –preguntó Conner.

Los ojos de Alex recorrieron a gran velocidad el arroyo y se posaron sobre el coronel Rembert. Se acercó a él hecha una furia. Sus ojos comenzaron a brillar y su cabello flotó por encima de su cabeza. Una vez más, la furia de Alex había tomado el control.

–¿Alex? ¿Qué estás haciendo? –preguntó Conner y corrió detrás de ella.

Antes de que pudiera detenerla, los árboles alrededor del arroyo cobraron vida repentinamente. Sujetaron a cada persona presente, excepto Alex, con sus ramas y las amarraron fuerte en sus troncos. Conner, sus amigos, las brujas y los soldados de la Grande Armée y del Reino Encantador eran prisioneros del subconsciente de Alex.

El árbol que sujetaba al coronel Rembert se desprendió del suelo y lo alzó en el aire frente a ella.

–¿Cómo sobrevivió a la caída? ¡Tú debes saberlo! –gritó.

–Le aseguro, *mademoiselle*, que no lo sé –respondió él.

El árbol aferró el cuerpo del hombre con más fuerza, pero él no fue el único. Todos los árboles cercanos al arroyo apretaron a sus cautivos con mayor violencia.



–¡Alex! ¡Tranquilízate! ¡Estás lastimándonos! –suplicó Conner.

Su hermana estaba prácticamente en trance: él nunca la había visto tan furiosa. Nada existía alrededor de ella salvo el coronel Rembert y las respuestas que necesitaba que él le diera.

–¿Qué hace la poción que robó del Palacio de las Hadas? –preguntó Alex–. ¿Y qué más necesita para reclutar al ejército del que hablaba?

–¡Nunca nos lo dijo! –respondió Rembert–. ¡Era muy reservado!

Las ramas rodearon la garganta del coronel Rembert y lo ahorcaron.

–Entonces ¡debes saber hacia dónde se ha dirigido! –exclamó Alex–. ¡Dímelo!

Rembert estaba asfixiándose y apenas podía hablar.

–No... sé... –tosió–. ¡Lo juro!

–¡ALEX, YA BASTA! –gritó Conner.

La chica recobró la compostura y los árboles regresaron a la normalidad y soltaron a los cautivos. Alex miró a su alrededor, desconcertada ante lo que había causado: era como si se hubiera convertido en una persona completamente distinta.

Su hermano y sus amigos la miraban atónitos. Ninguno de ellos, incluida Alex, sabía que ella era capaz de algo semejante.

–¡Lo siento tanto! –dijo y las lágrimas aparecieron en sus ojos–. ¡No sé qué me sucedió!

Cubrió su rostro y corrió hacia el bosque. Su hermano ni siquiera intentó seguirla: era evidente que quería estar sola.



–Me temo que nuestra búsqueda del Hombre Enmascarado no ha terminado aún –dijo Rani, disipando la tensión.

Conner asintió, pero continuar con la búsqueda del Hombre Enmascarado no era lo que ninguno de ellos temía: *todos tenían miedo de su hermana.*

